

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA DE FE Y ALEGRÍA

Tanteos, sugerencias y algunos desafíos

Oscar Martín, sj

Fe y Alegría, Paraguay

Junio de 2002

Introducción

A partir del Vaticano II los cristianos contemplamos el mundo, en sus relaciones con el Evangelio, con una nueva mirada. Este proceso no ha sido ni es todavía fácil. En su esfuerzo de apertura la Iglesia tuvo que reconocer que estaba inadaptada en muchas esferas de lo social. Por décadas el mundo había estado cambiando en su forma de pensar y en su forma de hablar; también había cambiado la educación, la autoridad, la conciencia social. Los cristianos de a pie, mejor que la misma jerarquía, se daban cuenta de los cambios y vivían en su propia carne las consecuencias de este desfase.

Al interior también se dio una fuerte evolución. Con el Concilio, el concepto de cristiano, de laico, su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo se vio enriquecido sustancialmente. Todos somos responsables de la edificación de la Iglesia y del anuncio del Evangelio al mundo. La teología del laicado descubre lo que la constituye radicalmente: el ser pueblo de Dios. Se habla del ser del laico cristiano, de su llamada a la santidad y a su participación en la transformación evangélica de la sociedad.

Ignacio tuvo experiencia de los Ejercicios y escribió buena parte de estos siendo 'cristiano de a pie', siendo laico. Y como laico compartió su experiencia con personas de toda condición por varios años. Lo hizo hasta el final de su vida. La enseñanza espiritual de Ignacio no estuvo nunca reservada a algunos escogidos. Es un don hecho a toda la Iglesia, un don del Espíritu del Señor para todos los cristianos.

En continuidad con esta experiencia espiritual ignaciana, y como una primera afirmación, todavía de carácter general, podríamos decir que **es cristiano el que descubre en Jesús el modelo primero de cristiano**. El es quien ha vivido en plenitud y originariamente la fe. ¿Cuál es entonces concretamente la oferta de la espiritualidad vivida por Ignacio, válida para todos

los cristianos, llamados por Jesucristo a vivir plenamente insertos en el mundo de hoy, con sus contrastes, conflictos y desafíos?, ¿qué tiene de radicalmente cristiana que la convierta en un cauce privilegiado para introducir a hombres y mujeres en la experiencia del seguimiento radical a Jesús?, ¿qué nos aporta concretamente a nosotros, laicos, laicas, religiosos, miembros de institutos seculares, etc. que pertenecemos a Fe y Alegría? A responder a esos interrogantes me dedico a continuación. Lo hago presentando algunas notas características que considero fundamentales de la vivencia cristiana constitutivas, por tanto, de la espiritualidad cristiana del Movimiento.

1. Experiencia personal de Dios

En un conocido texto escrito en los años '60 K. Rahner, mirando la Iglesia del futuro, señalaba que el cristiano del siglo XXI habría de ser un místico o no sería cristiano. Con esta afirmación el autor quería enfatizar que, más que nunca en los próximos años, **será necesario para los cristianos tener una experiencia personal de Dios**. A esta experiencia Rahner le llama mística¹, entendida ésta como la capacidad, la sensibilidad para encontrar a Dios, para captar su lenguaje, para sentir su presencia y quehacer amoroso en la vida cotidiana. Se trata de una experiencia llamada a desbordar lo conceptual o teórico sobre Dios y que dota a la fe de fuerza vital capaz de confiarse a la 'locura' de la apuesta por los pobres y débiles: por lo despreciado del mundo.

Dicho de otra manera, se trataría de la necesidad de que los cristianos del futuro unan fuertemente su experiencia de Dios, su modo de expresarlo y la fe a las experiencias más cotidianas de la vida; poder palpar, vivir, descubrir a Dios latiendo, con presencia cierta y amor entrañable, en las mil y una cosas y personas que conforman mi vida cotidiana: el aula, el centro educativo, la casa, el barrio y sus problemas; la participación activa en las luchas, las angustias y las esperanzas de la gente con las que nos toca vivir. Se trata, por tanto, de una mística que desde el corazón de Dios nos devuelve al mundo, para vivir y actuar en él según el latido misericordioso del Padre. El desafío es definitivo: **o descubrimos y vinculamos a Dios**

¹ El término 'mística' tiene ciertas resonancias un tanto ambiguas. *La experiencia de Dios que Rahner plantea* como ineludible para el cristiano del futuro, a la que llama "mística", no se relaciona con largas horas de oración o contemplación, tampoco con experiencias extraordinarias alejados de la sensibilidad cotidiana, ni en visiones o revelaciones especiales.

en nuestra vida cotidiana, o nos quedaremos sin fe, sin Dios. El reto, dicho con palabras de Ignacio es aspirar a “buscar y hallar a Dios en todas las cosas criadas”.

No se nos está invitando como Movimiento a alejarnos a algún desierto para allí tranquilamente, sin líos, sin problemas, sin disgustos... descubrir a Dios; se nos llama, por el contrario, a profundizar lo cotidiano, a buscar a Dios en el bullicio de una vida que quizá no es la que nosotros elegiríamos, sino la que es. **Hacer de nuestra vida familiar, de nuestro servicio educativo y sociopolítico, el lugar de encuentro y relación íntima con El.** Avanzar en **que nuestra vida cotidiana sea cada vez más transparente a la presencia de Dios en ella².**

Es el punto de partida. Se trata del encuentro personal con el Dios vivo y verdadero y de su Gracia, Jesucristo. Encuentro que nos hace recuperar lo más genuinamente nuestro, humano: nuestra libertad y la integra dentro de la suya. Es la vivencia de Dios que se aproxima a sus hijos en virtud de su propia iniciativa amorosa; Dios que es misterio incomprensible, a la vez que Padre cercano; Dios con el que se puede hablar; un Dios que nos salva por sí mismo cuando no tratamos de someterlo, sino que nos entregamos a él incondicionalmente.

La invitación a entrar en esta experiencia se dirige a todo seguidor/a de **Jesús** y no sólo a un pequeño grupo de selectos/as. El llamado es para todos los miembros de Fe y Alegría, para que trabajo, vida familiar, participación social y política sean auténticas experiencias espirituales, auténticas experiencias de Dios.

Sólo una profunda experiencia del Dios de Jesucristo nos permite resistir a las amenazas, no sólo externas, como distintos tipos de violencias, materialismo, consumismo o la progresiva increencia, sino también las que brotan de dentro de nosotros mismos. Como miembros de Fe y Alegría, algunos signos que nos permiten verificar una auténtica experiencia de Dios son la capacidad para la misericordia, la gratuidad como estilo de vida y un corazón que se entrega con creyente esperanza al amor y al servicio sin pretensiones.

2. Conversión a la fe viva

El XXI Congreso celebrado en 1990 en Nicaragua observa cómo es constatable, desde la práctica de muchos grupos cristianos latinoamericanos, “la necesidad de una profunda

conversión (personal y comunitaria) que nos haga ahondar en las exigencias de nuestra vocación cristiana específica. Vemos la urgencia de ser educadores cristianos seriamente empeñados y comprometidos en un proceso de conversión e interesados en la formación de una conciencia cristiana y en la construcción de una sociedad con principios cristianos”³. Esto es así, señala el mismo Documento, “porque la educación de Fe y Alegría se entiende desde la óptica de la evangelización. Su misión específica es la formación integral del cristiano en una experiencia vivida de Cristo y la Iglesia”⁴.

Así pues, si queremos que el Evangelio sea algo vivo dentro del Movimiento, que nos implique efectiva y afectivamente, tenemos que estar disponibles a cambiar radicalmente, a convertirnos.

Aunque no es exactamente lo mismo, la conversión cristiana está ligada al arrepentimiento: arrepentirse de las obras muertas, de las obras infructuosas de las tinieblas que son los pecados (Cf. Hb 6,1; Ef 5,13). Ambas experiencias se realizan en un solo movimiento: rechazo del camino viejo y opción por el nuevo camino en un acto libre, animado por el Espíritu de Dios.

Pero no debemos confundir arrepentimiento con el sentimiento de culpabilidad. Este segundo nace del amor propio herido, que sufre porque se ha afeado la imagen de sí por el pecado propio. La conversión es un rechazo del pecado que lleva consigo un profundo cambio de valores (metanoia). Es acción de la gracia de Dios.

Existen dos peligros o maneras incompletas de entender este cambio que implica la conversión: el primero verlo como retoque de los malos hábitos o actitudes que tenemos; el segundo, creer que es suficiente con plantearnos qué hacer para ser mejores, más solidarios o más generosos. Ambos tipos de cambio nos remiten a lo comúnmente llamado conversión moral. En ésta tendemos a solucionar las cosas haciendo una lista de nuestros pecados con los consiguientes propósitos y quehaceres. Tendemos a ver nuestra propia responsabilidad, pero a la medida de nuestros propios deseos. El peligro que conlleva este tipo de conversión es que

² Puede verse RAHNER, K., Escritos de Teología Vol. VII, Ed. Cristiandad, Vol VII pgs. 25 y ss.

³ Para ahondar esta temática puede consultarse, Educación, evangelización y compromiso, XXI Congreso Internacional, Managua (Nicaragua) y Río de Janeiro (Brasil) 1990-1991, en Identidad de Fe y Alegría. Documentos, Federación Internacional de Fe y Alegría, Caracas, 2000. Me parece muy sugerente su profundización para el tema que nos ocupa, especialmente las pgs. 29-35. El XXIII Congreso (Panamá '92) sigue en esta misma dirección.

⁴ Idem pg. 35.

fácilmente somos nosotros los que la controlamos. **Y se controla porque, finalmente, no nos arriesgamos a creer incondicionalmente en el amor fiel de Dios.**

La sabiduría de **la conversión evangélica** es más simple y radical: se trata de convertirse a la Buena Nueva del amor compasivo de Dios, cuya expresión máxima es la entrega hasta el extremo de su Hijo; convertirnos a la verdad última de nuestro ser hombres: que todos estamos bajo el poder del egocentrismo y la mentira, el pecado y la muerte; que en relación a lo fundamental: el amor gratuito y la humildad, no podemos absolutamente nada sin la gracia de Dios. En esta experiencia de **conversión en que nos fundamentamos en la gracia** Dios cambia el corazón, el centro de la persona, no las tendencias. Aunque es obvio, es preciso señalar que el quedar iluminados con un nuevo sentido no significa, ni mucho menos, la solución de todos nuestros problemas.

En esa experiencia el punto de apoyo de nuestra vida cambia: pasa de las obras a la fe. De ahí que **convertirse no consista en otra cosa que en creer** en y a ese Amor infinito. No se trata, ni mucho menos, de rechazar las obras dado que la fe y las obras son coesenciales como dinamismo de la vida cristiana: la fe es viva si actúa por el amor (Gál 5,6; Sant 2, 14-26). Pero ambas se tornan incompatibles en cuando está en juego el punto de apoyo de la vida, **la raíz de la conversión: o me fundamento en la gracia (con mayúsculas) o en mis posibilidades;** o vivo bajo la iniciativa del Espíritu o lo hago bajo la iniciativa de la 'carne'. No hay más que estas dos opciones. Es decir, que el secreto de la **verdadera conversión está en la obediencia a la voluntad del Padre.** Frente a las seducciones de todo tipo: materiales, pastorales o espirituales, la actitud auténticamente cristiana es la que opta por sus designios y mantiene una actitud de sospecha frente a los propios deseos y proyectos, incluso los mejor justificados evangélicamente.

Como Movimiento, tenemos que ser conscientes de un sutil peligro del que estamos amenazados: así como es fundamental para Fe y Alegría soñar y luchar por un mundo mejor en todas las dimensiones de la vida: moral, política, económica, etc., también es verdad que este deseo puede alimentarse de la ilusión de que podemos alcanzarlo con nuestro propio esfuerzo. Este dinamismo en más de una ocasión nos ha conducido a un cierto prometeísmo y a la apropiación de la existencia.

La experiencia gozosa de la gracia, la acogida de la soberanía del amor de Dios que nos justifica en Jesucristo, es la que nos ancla en lo esencial: la certeza de que sólo Dios salva.

3. El seguimiento radical de Jesús

Es la experiencia central de la vida cristiana. De hecho, la espiritualidad cristiana no es otra cosa que seguir a Jesús, abiertos al impulso del Espíritu. De él brota la misión: ser testigos de la fe en la Iglesia y en un mundo marcado por la marginación de los pobres, la exclusión, el individualismo y la injusticia.

En Fe y Alegría estamos llamados a asumir la educación como una propuesta evangelizadora-liberadora para que nuestros destinatarios puedan crecer como verdaderos hijos de Dios, desarrollar todas sus potencialidades y realizar a plenitud su misión en la vida: colaborar eficazmente en la construcción del Reino de Dios en este mundo.

En su caminar con nosotros Jesús nos hizo al menos dos revelaciones fundamentales: la primera fue mostrarnos el verdadero rostro de Dios; rompió con las falsas imágenes de un Dios inaccesible, iracundo, mezquino o violento. Nos mostró a un Dios que ante todo es Padre, Dios amor, solidario, que se conmueve ante la necesidad de los indefensos, de los desvalidos, de los pobres. Lo segundo es que en el Hijo se nos muestra el camino de la filiación y de la vida plena; no vino a enseñarnos un conjunto de doctrinas, mandamientos o leyes, sino lo que es ser verdaderamente hombre, verdaderamente mujer. Jesús es la respuesta a todas las preguntas esenciales que nos enfrentan al misterio de la existencia. Jesús, Camino, Verdad y Vida es nuestra mediación absoluta.

De lo anterior podemos deducir que ser o vivir en cristiano no es otra cosa que ser hombre o mujer según Jesús⁵. Su vida nos muestra el camino escogido por Dios para llevar a cabo su reinado. Su estilo mesiánico corresponde al de su manifestación personal: el Señor pobre y humillado, el siervo que se hace solidario con lo más humano del hombre (Is 49, 3-6), especialmente con los que sufren. Es de ese modo y no de otro, cómo el Padre manifiesta su soberanía. El Evangelio no nos explica teóricamente el porqué de esta opción del Padre. Sí nos invita a seguir a Jesús, a acompañarlo por su camino.

⁵ Cf. PEREZ ESCLARIN, Antonio: Educación para globalizar la esperanza y la solidaridad, Distribuidora, Librería y Editorial Estudios C.A., Caracas 2001, pg. 216.

Muchos relacionan la radicalidad cristiana con ‘renunciar a la familia’ o con ciertos modelos de vida: los ‘santos’, los hombres que han hecho cosas extraordinarias o actos heroicos. Sin embargo, el seguimiento de Jesús no es otra cosa que estar dispuestos a implicarnos en su aventura tal como lo presenta el Evangelio. Para ello, la actitud fundamental es la disponibilidad a lo que Dios quiera. Si como cristianos no hemos puesto por encima de todo la entrega a la voluntad de Dios, es que no hemos entendido en qué consiste el sentido de nuestra vida. En esta actitud fundamental es donde se nos da la experiencia radical del Reino. Este fue el modo de proceder de Jesús ante el Padre y, en consecuencia, lo es también para nosotros. Abrirse a lo que Dios quiera es aceptarlo como Señor, ser hijos que tienen su fuente de ser y de hacer en él, como Jesús⁶.

Pero la realidad es que estamos amenazados por la mediocridad. Por un lado queremos vivir la vida cristiana pero, por otro no terminamos de entregarnos, de soltarnos por dentro. Como señalaba al comienzo, creo que uno de nuestros problemas principales es que no sabemos cómo integrar nuestra realidad presente, cotidiana y la radicalidad evangélica.

Ciertamente que no se trata de preguntarse quién es más santo: si el ‘radical’ que lo deja todo y se va de misionero a un lejano país o un sencillo maestro de grado en cualquiera de nuestros centros, que procura día a día hacer bien su trabajo, y que comparte todo lo que es y tiene. El desafío va por otro lado: **estamos llamados a ser radicales allí donde estamos: radicales en el amor, en el olvido de nosotros, en el compartir nuestro tiempo y nuestros bienes, a fiarnos incondicionalmente de Dios**, abandonándonos en sus manos. La radicalidad tiene que ver con dos cosas: con la libertad interior y con la transformación del corazón; está en que la persona de Jesús sea nuestro todo. Y eso, en el día a día.

Por esta razón las riquezas se oponen frontalmente al seguimiento: porque dan seguridad y no dejan espacio a la gratuidad y solidaridad. El discípulo es un agradecido radical, por esto comparte y se desprende. La llamada no le parece una exigencia de renuncia, sino un regalo.

Esto supone apertura y disponibilidad para el encuentro personal con Jesús, todo un desafío para los miembros del Movimiento. Ese encuentro no difiere sustancialmente del que tuvieron los primeros discípulos con el Señor: se encontraron con él de manera imprevista, se sintieron

⁶ Puede verse GARRIDO, Javier: Seguir a Jesús en la vida ordinaria con las lecturas del domingo, Ed. Verbo Divino, Navarra 1994, pg. 41.

atraídos a acompañarlo, escucharon su mensaje, vieron cómo actuaba, quedaron desconcertados, se fiaron de él y se implicaron en su proyecto del Reino. En su compañía, y con muchos tropiezos e incoherencias, aprendieron de sus actitudes a ser fieles a su estilo de vida.

4. Vida de comunidad cristiana (vivir de lo definitivo, pero con los pies puestos en la tierra)

En tiempos de Jesús, los judíos en general entendían el Reino de Dios como un cambio en la historia de Israel. Este cambio, que debía efectuarse por medio del gobierno del Mesías (del Enviado de Dios), traería consigo la expulsión de los invasores romanos y la época de prosperidad y de triunfo para Israel.

Jesús plantea las cosas de manera muy diferente. Distingue dos épocas en el reinado de Dios: una época histórica, que se realiza en el presente y una final, en la que el triunfo de Dios será completo. El viene para empezar la primera época, pero no a la manera como esperaba el pueblo: Jesús lo que hará es poner en marcha un movimiento que será principio del reinado de Dios en el mundo.

Esta iniciativa, aunque es divina, va a exigir la activa colaboración de los hombres. Se trata del comienzo de una sociedad humana diferente, donde las personas puedan llegar a ser libres y felices. Para Jesús, las claves para ello van a ser el compartir lo que se tiene en lugar de acaparar; la igualdad entre todos en vez del encumbramiento; la solidaridad en vez del dominio; la hermandad, el amor y la vida en contraposición a las relaciones de rivalidad, odio y violencia. Pero para el establecimiento de estas nuevas relaciones sociales no sólo se precisa optar por la pobreza evangélica como modo de vida: hace falta, además, renunciar a todo tipo de ambición que acapara el corazón humano y lo lleva a la injusticia .

Al proclamar su Buena Nueva del Reino, **lo primero que hace Jesús es reunir en torno a sí a un grupo de hombres, casi todos pobres, pescadores del lago de Galilea, en donde ese ideal se viva.** No se trata entonces de la proposición de una ideología –que tampoco tiene por qué ser necesariamente negativa- sino de una praxis vital. La adhesión a Jesús, y la incorporación a esta comunidad que se va generando, es libre y brota de la propia convicción.

Como Fe y Alegría, como comunidad-Iglesia es fundamental tomar conciencia que somos y estamos llamados a ser esa comunidad que Jesús quiso. El Señor espera de nosotros que, desde nuestra misión de educación popular integral a los más pobres, contribuyamos eficazmente a la constitución de una sociedad nueva, justa, igualitaria y fraterna. El cristiano en comunidad es Jesús, de nuevo encarnado, que continúa pasando y haciendo el bien a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Tenemos un llamado a contemplar y vivir con coherencia la novedad que Dios ha sembrado, a acogerla y comprometernos con ella para compartirla con todos los hombres. Esto, que es don y tarea, es propio de un Movimiento como Fe y Alegría llamado a desarrollar su misión sin adelantarse al Espíritu, dejándose conducir por él. **Movimiento que, por tanto, se sabe necesaria y gozosamente amigo de la cruz del Señor y de la Vida abundante que brota de ella.**

Sabemos que la salvación de Dios versa sobre todas las cosas, que acontece en todos los espacios y dimensiones de la vida. Y tiene que ser así ya que Dios espera nuestra respuesta desde las situaciones concretas que vivimos. Por tanto, nuestra existencia pasa indefectiblemente por lo político. La actividad política entendida en sentido amplio como la búsqueda del bien común que se concreta en estructuras sociales y económicas solidarias, es la que posibilita la constitución de una sociedad que permita a los hombres ser más auténticamente humanos, siendo efectivamente hermanos, en condiciones de libertad e igualdad.

Para vivir este tipo de sociedad o, por lo menos encaminarnos decididamente hacia ella a través de procesos sociales, políticos y económicos que implican liberaciones sucesivas y conquistas continuas: para vivir establemente la libertad no basta con aceptar la comunión con Dios en la historia. Es preciso experimentar y recrear esta libertad en forma concreta y vital. Esto quiere decir, dicho de otra manera, que el compromiso social cristiano no está limitado a la lucha por revertir las situaciones de pobreza y de injusticia para construir un mundo mejor. Aunque esto es de gran importancia y en todo momento necesario, si como Fe y Alegría nos quedamos únicamente ahí lo que conseguimos es salir de una dependencia para caer en otra. Para los cristianos es también tarea eminentemente política la creación de un espacio público

donde la libertad pueda -de hecho- ser vivida. Este es un aporte genuino de cristianos vivos, que se reconocen Pueblo de Dios en marcha.

Es precisamente la fe viva de los cristianos evangelizados en comunidades de seguidores de Jesús la que produce este espacio de vida y de libertad en el Espíritu. Ésta es también tarea de todos los que pertenecemos a Fe y Alegría. Vivir este ámbito de Vida alternativa es un aporte que debemos hacer desde dentro mismo de nuestros centros educativos, desde los procesos sociales que impulsamos y codo a codo con todos los hombres y mujeres que sueñan y procuran un mundo diferente; **un mundo nuevo construido, no desde arriba o desde afuera, sino como lo hace el mismo Señor: colocándose, como quien sirve, en su misma base.**

Tenemos que volver a descubrir que somos, al tiempo que estamos llamados a ser, la comunidad que Jesús quería; a gustar del don de la fe, no como una herencia, sino como una decisión personal que conlleva una vocación y compromiso muy precisos. El compromiso es la conformación de comunidades fraternas, viviendo en condiciones de igualdad, siendo fermento de toda la sociedad y mostrando con su testimonio que el Reino de Dios está entre nosotros.

Esto, llevado hasta sus últimas consecuencias, implicaría un giro total de nuestro quehacer evangelizador en Fe y Alegría. Significaría fundamentalmente dos cosas: primero el desafío para el Movimiento de contribuir a impulsar una nueva configuración y un nuevo talante eclesial: replantearnos de raíz nuestra misión evangelizadora como institución educativa y la identidad que brota de la misma. Segunda, el reto de ser signos vivos de una nueva sociedad que contempla y vive, comunica, al tiempo que espera, la novedad que el Señor ya ha sembrado por todas partes: la regencia del Padre sobre todos sus hijos.

5. El discernimiento

Dado que la fe no nos garantiza un saber objetivo acerca de cómo Dios guía la historia, el discernimiento es un proceso para descubrir el significado de las diversas propuestas que se nos presentan en el interior de la conciencia o en el contexto sociocultural en que vivimos. Dicho de otra manera, el discernimiento no es otra cosa que la capacidad para descifrar y distinguir bien las cosas y escoger o elegir una de ellas.

Ante un mundo con multitud de opciones y situaciones y la propia persona en cambio, ¿qué criterios utilizar para identificar el verdadero camino y tomar las decisiones acertadas a la luz de la fe? Se hace necesario, por tanto, la distinción entre los movimientos suscitados por el Espíritu de Dios y los que se oponen a la propagación de su Reino, movidos por la ambición, los intereses humanos, la búsqueda del aplauso o la autosuficiencia.

El discernimiento es una condición básica en nuestra búsqueda de acciones coherentes y constructivas al servicio del Reino de Dios; un elemento-actitud clave para el actuar responsable de los cristianos en el contexto social en que se encuentren. Mucho más en los tiempos de crisis, desorientación y de nuevos desafíos que vivimos en nuestros países de AL. Esto exige que nos ‘dispongamos’, exige ciertas condiciones previas que nos preparen para hacer bien las cosas. La adquisición de esta ‘disposición’ para el discernimiento requiere lo que podríamos llamar una triple cercanía: **cercanía a mí mismo, a la Fuente: Jesucristo y la Palabra y, en tercer lugar, cercanía a la realidad de los pobres a quienes como institución nos debemos**⁷. Cercanía a mí mismo significa que tengo que conocer las motivaciones profundas, mis rechazos, mis intereses ocultos, mis miedos. De ahí que, para disponernos a elegir, a escoger bien en nuestra tarea como educadores, es de gran importancia poner medios que nos ayuden a tener señorío sobre nosotros mismos.

Lo segundo es la cercanía a Jesucristo y la Palabra. **No podemos elegir al modo de Jesús si no lo conocemos**, si nuestros intereses y nuestra perspectiva no es la del Señor. Solamente con él podremos ser capaces de hacer contra a las inercias, intereses, ideologías, etc., que nos quieren imponer los tiempos y los ambientes en los que vivimos. Como miembros de Fe y Alegría es fundamental la búsqueda de medios que nos ayuden a adentrarnos en esta experiencia de contacto con el Señor. La cercanía a la realidad de los pobres significa que, si no tenemos contacto vital con la realidad de aquellos a los que estamos enviados, nos montaremos en ideologías o ilusiones, pero no estaremos en el seguimiento de Cristo ni podremos elegir al modo cristiano. Dicho con palabras de los teólogos cristianos antiguos: sólo puedo salvar lo que asumo como propio. Así pues, tenemos que pisar el barro, buscar el contacto personal, conocer de primera mano los problemas, dedicar tiempo gratuito a compartir con los que más directamente sufren las injusticias. De este modo, los sentidos se

irán disponiendo, preparando, haciéndose capaces para elegir desde Jesucristo a favor de los hermanos y hermanas necesitados.

Captar desde el espíritu los signos de los tiempos no es lo mismo que el análisis sociológico o axiológico de la realidad actual. Desde el punto de vista cristiano no basta describir los fenómenos dominantes en nuestro mundo o detectar los factores que determinan el proceso político o sociocultural. Tampoco las descalificaciones tajantes o el optimismo acrítico que se deja engañar por las apariencias. Esto no se corresponde con la actitud del hombre de fe colocado ante la realidad.

Lo señalado es interesante porque, entre otras cosas, nos libera de la tentación de querer organizar el mundo como Reino de Dios, a nuestra medida o desde nuestra propia capacidad, mezclando a Dios y al César; o empeñarnos en un determinado proyecto religioso, social o político como el designio salvador de Dios.

Para Fe y Alegría el bien y el mal que existen en el mundo no son objeto de un juicio meramente racional, en función de un sistema impersonal de valores. Para el Movimiento, el discernimiento debe ser un instrumento que nos ayude a captar, en los claros y oscuros de nuestra labor en la historia real, las insinuaciones y la acción del Espíritu que conduce la creación a la plenitud. Conscientes de las resistencias, de las malas voluntades y de las fuerzas de destrucción y de muerte que condicionan negativamente nuestra sociedad, como cristianos tenemos experiencia vivencial de que Cristo resucitado es el Señor de la historia. Por tanto, cada situación se presenta como una oportunidad de gracia y una llamada al compromiso y a la acción.

Como miembros de un Movimiento lleno de vida, nos sentimos movidos a tomar partido en esta lucha crucial de nuestro tiempo contra la injusticia; a mantenernos con esperanza en el dinamismo liberador del amor de Dios que actúa en el corazón de la humanidad.

Por otro lado, nuestra praxis puede estar amenazada, al menos por dos peligros: el primero es vivir la Palabra de Dios sin referencia a la realidad, disponer del Señor al propio gusto como objeto imaginario, como mero contenido ideológico o identificación narcisista. El segundo es

⁷ Esta triple distinción está tomada de Lucas LOPEZ sj, “Educar en la fe y en la justicia. Algunas pistas para trabajar nuestra misión”. Se trata de unos apuntes personales.

el activismo autojustificante que se encarama en el hacer muchas cosas como un arma para sentirse con derechos ante Dios. En realidad, no basta actuar para andar en verdad dado que la posibilidad de buscarse a sí mismo es no pequeña. Dos criterios de discernimiento cristiano fundamentales que nos ayudan a no caer en ambos peligros son: a) Hacer la voluntad de Dios y b) El primado de la praxis sobre las buenas intenciones. El primero señala que la experiencia interior, proyecto de vida o compromiso de acción no apuntan en dirección al Reino si no nacen de la obediencia de amor a Dios Padre. Dicho de otra manera: el primado de la voluntad de Dios significa que el Reino lo hace el Señor. Ciertamente lo hace con nosotros pero precisamente por eso, si hacemos nuestra voluntad, si no le dejamos la iniciativa a El, lo estamos bloqueando.

El segundo significa que si el discípulo o la comunidad se entregan a la voluntad de Dios, la verdad de esta entrega se realiza en la praxis. Es una praxis que implica al hombre entero: corazón y acción, confianza y responsabilidad.

Los signos de liberación más cercanos al Reino tienen como criterio a Jesús: su compromiso preferencial por los pobres y su estilo mesiánico no violento. Aunque más adelante me detendré específicamente en la dimensión política de los cristianos, creo importante adelantar que **nuestra praxis de discernimiento debe enfatizar mucho la educación en el discernimiento cristiano de lo político.** Hay dos aspectos que considero necesarios tener en cuenta en esta dimensión: la primera consiste en reconocer que **no existe ninguna opción política que pueda presentarse como genuinamente cristiana** que excluya a otras; en este campo es preciso optar después de haber discernido. La segunda es que el compromiso político creyente exige un discernimiento de lo posible y una actitud de sumo cuidado ante los máximos. Los cristianos no podemos olvidar nuestra historia. Tenemos que reconocer que en no pocas ocasiones, cuando hemos pretendido un máximo, al final hemos caído en la trampa del poder y de la intolerancia⁸.

Por otro lado, el respeto a lo diferente, el trabajar con otros que piensan distinto, pero que buscan también una sociedad más justa y solidaria, no es sinónimo de perder o querer disimular nuestra identidad. Uno de los riesgos que a veces se nos quiere colar en ciertos círculos de cristianos comprometidos en el cambio social (y en ocasiones dentro mismo de Fe

y Alegría) es la tendencia a disolver nuestra identidad; creer que da lo mismo ser cristiano, evangélico o agnóstico. Esta actitud olvida que, para tener enfrente de sí mismo a otro distinto de sí con quien dialogar o colaborar en algo común, hay que tener un sí mismo⁹. En el caso de Fe y Alegría, su 'sí mismo' es nuestra especificidad de Movimiento de Educación Popular de inspiración cristiana. Esta es nuestra principal riqueza, lo más propio que podemos ofrecer en cualquier construcción compartida con otros.

6. Inculturación del Evangelio

El interés y, por consiguiente, el servicio que los cristianos están llamados a realizar en la cultura, está adecuadamente expresado por Juan Pablo II cuando afirma que "el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es el terreno vital en que se juega el destino de la Iglesia y del mundo durante este final de nuestro siglo"¹⁰.

La problemática de la interacción fe-culturas emerge en el horizonte de una Iglesia que, en estos nuevos tiempos, busca nombrar -una vez más- su identidad, su ser y su misión.

Por otra parte, si esta relación se ha convertido en centro de preocupación y reflexión teológico-pastoral, esto se debe, en gran parte, a los cambios experimentados por la Iglesia, tanto en la manera de comprenderse a sí misma como, también, en su manera de comprender las culturas.

Si por cultura entendemos el mundo vital de un grupo o de un pueblo: su lenguaje, su organización, su sentido de la vida, del amor, de la muerte, del trabajo, de la justicia; sus símbolos y su memoria, su relación con la naturaleza y con lo trascendente, podemos entender que la evangelización debe insertarse en este complejo vital y viviente típico de cada pueblo.

La primera vez que aparece el concepto de 'evangelización de la cultura' en un documento eclesial es en la *Evangelii Nuntiandi*. La Exhortación afirma que "(...) lo que importa es evangelizar -no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces- la cultura y las culturas del hombre...". De este modo,

⁸ GARRIDO, Javier: Op. cit. pg. 159

⁹ RICOEUR, Paul: *Ética y cultura*, Ed. Docencia, BB.AA 1996, pg. 43.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Alocución a la Asamblea extraordinaria de cardenales*, (5-II-79), citado por Andrés TORNOS, *Servicios y ministerios laicales. El servicio de la fe en la Cultura de Hoy*, Ed. Paulinas, Madrid 1987, pg. 4.

sin restar importancia a la necesidad de la conversión personal, el Documento se aventura en abrir nuevos cauces a la acción evangelizadora de la Iglesia¹¹.

En el n. 63 señala que “la evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, si no llega a su vida concreta”. En el n. 20 afirma que “el evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas”.

La *Evangelii Nuntiandi* tuvo en su momento acogidas muy dispares y todavía en la actualidad no deja de levantar perplejidades¹². Pero es el gran Documento de la Iglesia actual sobre la necesidad del encuentro entre fe y culturas.

Años más tarde, en 1979, el actual Pontífice hace suya la palabra ‘inculturación’. Lo hizo en la Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*. En este Documento, en el se recoge el material del Sínodo episcopal de 1977 sobre la catequesis, hace una presentación con un fuerte énfasis evangelizador y de preocupación por las culturas.

En los círculos católicos actuales se tiende a diferenciar inculturación de aculturación. Por ‘aculturación’ se entiende los fenómenos resultantes del contacto permanente entre dos grupos sociales, las consecuencias que se siguen para los modelos culturales de cada uno de ellos. **‘Inculturación’** apunta al proceso activo de evangelizar desde el interior mismo de aquella

¹¹ la consideración de la cultura como una realidad que evangelizar es algo novedoso. Según la concepción tradicional, la evangelización se dirige únicamente a las personas, siendo invitada cada una de ellas a responder al anuncio de la buena nueva de Jesucristo. Puede verse Andrés TORNOS, *Servicios y ministerios laicales...* Hervé Carrier habla también del desafío que significa la conversión de las culturas como tales: la cristianización del ethos de los pueblos, cfr. Hervé CARRIER, “La inculturación de la DSI”, en **Persona y Sociedad** 1 (1993) pgs. 137-151.

¹² Numerosos teólogos han hecho observaciones de este tipo a partir de la propuesta de ‘cultura cristiana’ señalada por la **Cuarta Conferencia Episcopal de Santo Domingo**. El temor que se percibe es el uso de evangelización de la cultura con reminiscencia del modelo medieval de civilización cristiana. Cfr. para el tema, Juan NOEMI, “Inculturación del Evangelio. Recepción teológico-crítica de una propuesta de Santo Domingo”, en **Teología y Vida** 4 (1993) pgs. 315-325; Fernando CASTILLO, “Evangelio, cultura e identidad”, en **Persona y Sociedad** 1 (1996) pgs. 135-137.

cultura, que recibe la revelación por medio de la evangelización, y que la comprende y la traduce según su propio modo de ser, de actuar y de comunicarse¹³.

A partir de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI y posteriormente Juan Pablo II insisten en señalar que **la nueva evangelización consiste ante todo en la inculturación del Evangelio, su inserción en la cultura** y las culturas de los destinatarios de la Buena Noticia del Reino.

Dios mismo ha seguido el camino de la mediación cultural en su revelación histórica. La Carta a los Hebreos así nos lo presenta: “De distintos tiempos y de diferentes maneras ha hablado Dios por medio de los profetas ; y por último ha hablado en su Hijo... (Heb 1,1). En Jesús hecho hombre Dios ha entrado en nuestro mundo: El creador se hizo creatura porque Dios participa de nuestra humanidad para hacernos partícipes de su divinidad. En la encarnación, Dios asume lo verdaderamente humano.

Cualquier proceso de inculturación del Evangelio suele estar amenazado por algunos peligros. El primero es el de la identificación entre un cierto mundo cultural y la experiencia eclesial. El helenismo de los primeros siglos, la forma latina y romana de la Edad Media, el cristianismo de la Restauración son algunos ejemplos. De alguna manera podría decirse que casi por veinte siglos el Evangelio ha sido interpretado desde la cultura occidental. Todo el dogma católico ha sido elaborado a partir de cuestiones planteadas por europeos, con categorías, lenguaje y pensamiento propios de estos. Da que pensar, por ejemplo, que hasta hace apenas unas décadas la lengua latina era vista como un elemento teológico imprescindible para la unidad católica¹⁴.

El segundo peligro, más actual en algunos ámbitos, es entender la inculturación como adaptación (la aculturación que señalaba). La tendencia sería a quedarse en cosas más bien externas: la adopción de la manera de vivir, de vestirse, comer, la música, etc. En este modelo, la inculturación del mensaje evangélico se queda a medias, no termina de adaptarse porque éste es considerado inmutable y universal para todos.

¹³ Existe una gran cantidad de definiciones de inculturación. He tenido presente concretamente la propuesta por Marcello de C. ACEVEDO, "Comunidades eclesiales de base en el Brasil: ¿Posible mediación para la inculturación de la fe?", en P. HÜNERMANN, J. C. SCANNONE (Eds), *América Latina y la DSI*, Vol. II, pgs. 238-2418.

¹⁴ Puede verse KOLVENVACH, P.H.: *Espiritualidad ignaciana para cristianos laicos*, Separata de la Alocución tenida en Sevilla y Las Palmas en febrero de 1994.

Un tercer peligro es la concepción que parte del presupuesto de que toda cultura precisa ser sometida a verificación, a tensión, iluminación y purificación por parte de los grandes valores del Evangelio. No es que esto sea un error, pero el peligro subyacente en esta pretensión es que no se trate sólo del contacto de la fuerza viva del Evangelio de Jesucristo con una determinada cultura, sino de un sistema cultural (al que se le considera evangélico) que pretende juzgar y colonizar a otro sistema cultural al que se supone imperfecto.

Una última manera de evangelización no correcta, todavía muy presente en América Latina, es la basada en el clericalismo, las devociones, el autoritarismo y la jerarquización social.

Una nueva evangelización liberadora, abierta a un proceso de amplia inculturación, debe promover con fuerza la vivencia comunitaria, la centralidad de la Palabra de Dios y del misterio celebrado; la corresponsabilidad de todo el Pueblo de Dios, la solidaridad y la opción liberadora por los pobres.

7. El proyecto del Reino

Una aclaración necesaria en este momento es señalar la profunda ambigüedad social de la religión, de la cual también la fe bíblica participa. La fe bíblica, al tener como esencial a un Dios que se manifiesta en la historia, tiene tendencia a identificar la voluntad divina con proyectos humanos.

La metáfora del Reino de Dios ha sido la expresión más importante para señalar, ya desde el Antiguo Testamento, el interés y el compromiso de Dios con la historia de los hombres. No es necesario en este momento hacer un recorrido bíblico de los usos de este término y de cómo se ha entendido en las distintas etapas del pueblo de Israel hasta la actualidad. Pero sí conviene señalar que la expresión 'Reino de Dios' ha sido tanto un principio dinámico y crítico, inspirador de sueños y luchas de liberación, como un gran legitimador de proyectos sociales de la más variada índole (teocráticos, dictatoriales, fascistas, socialistas, etc.). Se ha dado de esta manera porque las instituciones y las doctrinas que brotan de ciertas experiencias de Dios en la historia suelen caer en la tentación de buscar con más fuerza la autolegitimación que la apertura a la trascendencia.

Al profundizar anteriormente en dimensión 'Vida de comunidad cristiana', ya señalaba la estrecha relación de ésta con el advenimiento del Reino. Al proclamar su Buena Nueva del Reino, lo primero que hace Jesús es reunir en torno a sí a una comunidad. En la actualidad, los cristianos somos y estamos llamados a ser esa comunidad que Jesús quiso.

Como Fe y Alegría, comprometernos con el Reino significa en primer lugar, convertirnos como Movimiento al Reino. Por otro lado el Reino no se posee como una ideología o como una causa. A medida que nos adentramos en el espíritu del Reino vamos cambiando actitudes y opciones de vida tanto en lo personal como en lo social. Implicarnos en la construcción del Reino es sinónimo de contemplar en el otro a mi hermano y actuar en consecuencia.

El Reino pertenece por excelencia a los pequeños, a los excluidos. Esto significa que sólo puede ser realizado desde la sabiduría de los pobres de espíritu. Dicho de otra manera: la misión cristiana en el mundo es eficaz, pero al modo de Dios. No hay nada que tenga mayor garantía de eficacia que lo que viene de Dios. Pero al mismo tiempo, no hay nada más frágil que un Dios amor decidido a no imponer su Reino. De ahí que para los cristianos la verdadera fortaleza no está en su coraje ni en su heroísmo en llevar la misión adelante, sino en hacer de la propia debilidad y miedo un acto de confianza en Dios, entregándose a la misión encomendada, puestos los ojos en el Señor. Esta actitud de fondo es también para Fe y Alegría. Ser introducidos en el Reino implica un proceso de transformación: pasar de una moral legalista a un corazón nuevo; de actitudes que buscan seguridad a actitudes que arriesgan; de una relación con Dios al que se le tiene miedo a otra en que se refuerza la libertad y el abandono confiado; de la pretensión de controlarlo con las buenas obras al gozo de sentirse servidores fieles.; de una sabiduría basada en la justicia que pone orden en los conflictos a una sabiduría del amor que se desborda; de una ideología de la acción a una disponibilidad filial a lo que Dios quiera; de una religión centrada en los sentimientos de trascendencia o en el culto a una fe que implica la existencia entera; de la ley a la gracia.

De ahí que captar el Reino es cuestión de espíritu, lo cual no significa que éste sea algo interior o meramente religioso. Al contrario: cuando se vive el espíritu del Reino se percibe a Dios tanto en la lucha por la justicia económica y el cambio social como en el empeño personal por liberarse de las ataduras interiores. Lo fundamental no es qué se hace, sino dónde se fundamenta lo que se hace y qué dinámica guía nuestra vida personal y comunitaria.

El espíritu del Reino es la conciencia clara de que sólo Dios es el Señor de la Historia, y de que, si hemos sido llamados a su seguimiento fiel, es por pura gracia; de que la transformación del mundo pasa, en primer lugar, por la propia conversión, y de que la mejor estrategia es el amor manso y humilde, firme y veraz. Sin este espíritu del Reino, sin este corazón convertido al estilo de Jesús, no hay espiritualidad cristiana.

Así, un cristiano con espíritu está con capacidad de captar que el Reino es, en primer lugar, iniciativa de Dios y que, por tanto, él es un enviado, no el Salvador. Por otro lado, **descubre que el don máximo del Reino es Dios mismo en persona**, que quiere comunicarse de corazón a corazón con sus hijos. **El modo de evitar todo dualismo fe-vida es poner amor en todo.**

Sólo el amor nos hace salir de nosotros mismos¹⁵. El Reino es simultáneamente interior y exterior. La pedagogía de Jesús es suscitar esperanza en la iniciativa salvadora de Dios, realizar signos de esa salvación (curaciones, multiplicación de los panes, defensa de los pecadores...), pidiendo la fe en Aquel que realiza el signo; darse cuenta de que el cambio es a largo plazo, implicándonos todos (ricos y pobres) en él; procurar el cambio a niveles distintos: en la ayuda material al prójimo en la formación de la conciencia crítica, exclusión de todo tipo de violencia.

Desde esta espiritualidad cristiana, **la raíz liberadora del cambio se halla en la confianza en Dios**, viviendo el esfuerzo cotidiano como educadores sin ansiedad, sin necesidad de ver los frutos del cambio, dando sentido al fracaso y al sufrimiento; percibir que Dios se está dando a sí mismo y que, **al entrar en su iniciativa, Dios en persona es el don de los dones**. El Reino es la comunión definitiva de Dios con el hombre y de los hombres entre sí. Todo depende del amor: la fuerza para la lucha y la fuerza para no ser violento; la fuerza para asumir el sufrimiento, así como el gozo de estar en comunión con él. Esta es la revolución de Dios a la que somos convocados.

Lo que quiero subrayar es que como institución tenemos que ahondar más lo que significa **el movimiento dialéctico de la lucha por la justicia animada por el amor**. Es decir, tener

¹⁵ Puede verse GARRIDO, Javier, Op. cit. pg. 193.

conciencia vivencial de que así como el amor es más grande que la justicia, por otra parte, en cosas del bien común, la realización del amor consiste en la justicia social¹⁶.

Si el Reino se realiza dando a conocer el amor de Dios, la misión no se resume en otra cosa que en amar. Y, en este punto, ya no hay distinción entre lo extraordinario y lo ordinario. **El amor es el que lo hace todo extraordinario.** Así, en una mirada de cariño, en un gesto de respeto o valoración a uno de nuestros niños, en un pequeño plus de esfuerzo por mejorar nuestra labor en el aula, en el barrio o en la organización, está concentrado todo el poder transformador del Reino que irrumpe.

El Reino implica un nuevo orden social de justicia y libertad aquí y ahora. Esto nos conduce directamente a la relación de los cristianos con la política. Para muchos cristianos la política está asociada a lo demoníaco, a la lucha por el poder y la corrupción. En realidad, nadie puede ser neutral. Aunque no esté afiliado a ningún partido ni sindicato, la política comienza con el ejercicio del derecho al voto, continúa con las opiniones que nos hacemos al recibir información sobre el mundo en que vivimos y se transparenta en nuestro modo habitual de actuar socialmente. Se hace política desde un compromiso público en una institución como Fe y Alegría cuya finalidad es actuar sobre la sociedad desde la perspectiva educativa. Nuestra presencia en la política será el último punto del presente trabajo.

8. La espiritualidad cristiana de Fe y Alegría y el compromiso político

Desde la perspectiva teológica cristiana, uno de los grandes dinamismos que atraviesa nuestro siglo XX es la progresiva captación de la importancia de la dimensión encarnatoria de la fe¹⁷.

Esta constatación progresiva de que a la fe y a Dios se le descubre en medio del mundo tiene su cúlmen en el Vaticano II. Al inicio de estas páginas ya señalábamos la trascendencia de este concilio en este sentido. La Iglesia hace un verdadero esfuerzo por descentrarse de sí misma para retomar el interés y el diálogo con la sociedad. Al descubrirse como “sacramento” para el

¹⁶ Idem, pg. 279.

¹⁷ Ya desde los años veinte la teología europea y diversos grupos (como el Movimiento Protestante, el denominado “Socialismo Religioso”, los “Cristianos por el Socialismo”, etc), van tomando una incipiente conciencia de que la fe se vive en la realidad temporal. Una fe que no toma en cuenta los desafíos sociales y políticos, es una fe que está fuera del mundo. Los “movimientos especializados de pastoral”, como la JOC, la HOAC, la JEC, ACCION CATOLICA, vuelven a insistir en que lo propio del cristiano es vivir la encarnación.

mundo se dice a sí misma que su naturaleza y su misión es el servicio a todos los hombres. Reconoce con dolor que la separación entre la fe y la vida ha sido uno de los más graves errores cometidos por los cristianos en nuestra época.

No duda en señalar que “el cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta... a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación” (Const. Gaudium et Spes n. 43). Se subraya que los miembros de la Iglesia están llamados a evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política.

El Concilio fue claro en señalar que la fe no se identifica con una política concreta, que no es posible legitimar una postura partidista con el Evangelio; que no se puede apoyar a una agrupación política que justifique cualquier tipo de violencia para lograr sus objetivos. Del Evangelio surge una inspiración no traducible a un proyecto político. Para Fe y Alegría esto significa, dicho con otras palabras, que no hay fórmulas fijas que definan de una vez para siempre el modo correcto que tenemos como Movimiento para relacionarnos con los acontecimientos socio-políticos sin manipular el misterio de forma partidista. De lo señalado se desprende la necesidad de un discernimiento constante de nuestra parte en este campo.

Para América Latina, las Conferencias de Medellín y Puebla significaron la concreción pastoral del Vaticano II a nuestro medio. Lo que en el fondo animó las reuniones episcopales en el esfuerzo de aplicar el Concilio a nuestra realidad golpeada por la miseria y la injusticia, fue **la pregunta acerca de cómo ser cristiano en un mundo de empobrecidos; cómo hacer que la fe cristiana sea fermento de promoción y liberación humana en nuestro Continente**. De esta misma cuestión fundamental nace y se nutre, como de su fuente, la teología de la liberación.

Tanto las dos Conferencias como el desarrollo de la teología de la liberación han ahondado muchísimo el papel de la Iglesia en general, y de los cristianos en particular, en su compromiso socio-político para la encarnación de su fe. La bibliografía que desarrolla y explicita esta temática es, en general, extraordinariamente abundante y suficientemente conocida.

En este esfuerzo se ha tratado de distinguir las dos funciones que tiene la Iglesia y los cristianos a la hora de plantear la dimensión pública de nuestra fe: por una parte, la tarea de

proclamar la salvación de Dios en Jesucristo como Buena Noticia para la humanidad; y, por la otra, el que esto no se quede en teoría, sino que llegue a ser aceptación efectiva del Reinado de Dios en la vida personal y colectiva, sin inhibirnos de los grandes problemas humanos. En el fondo, la cuestión clave que se nos plantea es cómo enfrentarlos, cómo hablar y, sobre todo, actuar en ellos, especialmente como Pueblo de Dios en marcha que somos.

Es probable que el énfasis -por supuesto muy importante- en la función explícitamente sociopolítica por mejorar nuestro mundo, en ocasiones nos haya hecho perder de vista otra realidad fundamental a la que estamos convocados los cristianos: la de ser –de hecho- semilla de sociedad alternativa. En este hábitat humano privilegiado en el que florece el amor fraterno y la solidaridad a la manera de Jesús es donde la cuestión de la transformación de la sociedad nos devuelve siempre ante las exigencias personales para que llegue a producirse el cambio estructural.

Soy consciente de lo delicado de la consideración individual de los problemas sociales, pero creo que en Fe y Alegría en más de una ocasión hemos sido deslumbrados por el sueño del cambio de estructuras; y que, buscando éste, **hemos caído al final en una inexistente escisión entre realidad íntima y mundo social, entre cambio personal y cambio estructural.** La esperanza se colocaba en que del cambio de estructuras brotaría un hombre nuevo. Pero la realidad es que no hay hombre nuevo sin conversión de la mente y del corazón.

En la perspectiva cristiana, la más profunda autonomía y capacidad para vivir en libertad se encuentra en la experiencia personal y comunitaria de los que descubren en Jesucristo la fuerza de Dios para cambiar el mundo. Ahí se halla una fuente inagotable de salida de sí, de servicio en gratuidad, de entrega hasta las últimas consecuencias, de moralidad solidaria y universal

Lo expresado anteriormente no tiene la pretensión de afirmar que debemos abandonar la tarea del cambio estructural de un modelo socio-económico injusto, para regresar en exclusiva al cambio del corazón. **Sabemos que el desafío de cambiar radicalmente al mundo lleva a los cristianos a una praxis política muy precisa.** Existe, por lo demás, una relación dialéctica entre la conversión del corazón y la transformación de las estructuras que no se puede obviar

ni olvidar. Pero, como nos señala Adela Cortina¹⁸, sí es tiempo de recordar que las energías morales no tienen su fuente originaria en la política ni en la economía, sino en aquellos hombres que se toman el sufrimiento y la esperanza dolorosa e ilusionadamente en serio, de suerte que, cuando deciden, no lo hacen movidos por intereses egoístas, sino universales; y que estos hombres no surgirán porque se agudicen las contradicciones o lo planifiquen los políticos, sino porque la existencia de grupos y comunidades de hombres y mujeres libres que, inspirados por esa fuente, hacen de la solidaridad el sentido de sus vidas.

Lo que quiero señalar significa para Fe y Alegría fundamentalmente dos cosas: la primera que, como parte de la Iglesia que somos, estamos llamados a ir más allá de ser meros reformadores de la sociedad. Debemos apuntar a mostrar en la praxis cotidiana gérmenes de vida y organización social nuevos, diferentes a los de nuestro medio; el segundo es que, aunque viviendo a fondo el presente, somos también peregrinos en la historia, en los lugares y circunstancias donde nos toca transitar. Como cristianos de un Movimiento eclesial somos, al tiempo que debemos ser, comunidad abierta al mundo, radicalmente comprometidos con él y, al mismo tiempo, con toda nuestra confianza puesta en la Promesa. Llegar a esta vivencia es el fruto de la regencia explícita del Padre en nuestra vida.

La sociedad concreta que como Fe y Alegría estamos convocados a construir no es la que se mueve por intereses particularistas, sino la que desde la familia, las escuelas, la vecindad, la amistad, los movimientos sociales, las comunidades cristianas y otros grupos religiosos e iglesias, las asociaciones movidas por intereses universalistas, es capaz de generar energías solidarias que quiebren los recelos de un mundo egoísta y a la defensiva.

¹⁸ CORTINA, Adela: “La ética de una nueva sociedad civil: de los derechos a las responsabilidades”, en **Sal Terrae** 958 (junio 1993), pgs 434-435.

BIBLIOGRAFIA

RAHNER, K., Escritos de Teología Vol. VII, Ed. Cristiandad, Madrid 1967.

XXI Congreso Internacional, Managua (Nicaragua) y Río de Janeiro (Brasil) 1990-1991, y XXIII Congreso (Panamá '92), en Identidad de Fe y Alegría. Documentos, Federación Internacional de Fe y Alegría, Caracas, 2000.

PEREZ ESCLARIN, Antonio: Educación para globalizar la esperanza y la solidaridad, Distribuidora, Librería y Editorial Estudios C.A., Caracas 2001.

GARRIDO, Javier: Seguir a Jesús en la vida ordinaria con las lecturas del domingo, Ed. Verbo Divino, Navarra 1994.

LOPEZ sj, Lucas: "Educar en la fe y en la justicia. Algunas pistas para trabajar nuestra misión". Se trata apuntes sin editar.

.

RICOEUR, Paul: Ética y cultura, Ed. Docencia, BB.AA 1996.

TORNOS, Andrés: Servicios y ministerios laicales. El servicio de la fe en la Cultura de Hoy, Ed. Paulinas, Madrid 1987.

CARRIER, Hervé : "La inculturación de la DSI", en **Persona y Sociedad** 1 (1993) pgs. 137-151.

NOEMI, Juan: "Inculturación del Evangelio. Recepción teológico-crítica de una propuesta de Santo Domingo", en **Teología y Vida** 4 (1993) pgs. 315-325;

CASTILLO, Fernando: "Evangelio, cultura e identidad", en **Persona y Sociedad** 1 (1996) pgs. 132-138.

ACEVEDO, Marcelo: "Comunidades eclesiales de base en el Brasil: ¿Posible mediación para la

inculturación de la fe?, en P. HÜNERMANN, J. C. SCANNONE (Eds), América Latina y la DSI, Vol. II, BB.AA. 1992.

KOLVENVACH, P.H.: Espiritualidad ignaciana para cristianos laicos, Separata de la Alocución tenida en Sevilla y Las Palmas en ,febrero de 1994.

CORTINA, Adela: “La ética de una nueva sociedad civil: de los derechos a las responsabilidades”, en **Sal Terrae** 958 (junio 1993), pgs 422-435.